

distinguirse en la especie humana, á que corresponden por solo su forma exterior. Las banderas de Bonaparte no exigen otro juramento de los que se alistan en ellas, que una completa prostitucion. Madrid será un testimonio eterno de estas verdades; pero singularmente la casa del desgraciado Aparicio (1).

Pero ¿qué diremos de los infelices artesanos, empleados en las obras públicas y que abandonando sus labores en vista de la conmocion se retiran á sus casas los instrumentos de su profesion? ¿podrá creerse que el llevar sobre sí una piqueta, una azada, una bolsa de navajas para afeytar, unas tijeras de cortar pelo, haya de ser el delito que les condene al suplicio? (2) No es posible explicar en el idioma español la exécracion de los hechos franceses.

(1) No debe pasarse en blanco la tragedia de Don Eugenio Aparicio (corredor de vales), que sucedió exáctamente como se sigue. Pasando una partida de Mamelucos por delante de la casa (inmediata al Convento de la Soledad) de dicho Aparicio, advirtieron que en el portal habia un cadáver de esta misma raza; inmediatamente suban con el designio de vengar su muerte; pero una talega de pesos fuertes calmó la cólera mameluca: la voz de un resultado tan lucroso fue atentamente escuchada por otra partida, que deseosa de igual presa, practicó los mismos pasos que la primera. Viendose Aparicio segunda vez acometido por esta cuadrilla de ladrones, que él suponía ser la misma á quien habia dado los veinte mil reales, y creyendo no ser ya facil zanjar el asunto con dinero, se consternó y huyó con un sobrino por la escalera: irritados los Mamelucos le siguen, acosan y asesinan igualmente que al sobrino, quando apenas habian puesto los pies en la calle. La muger salvó la vida huyendo por las guardillas; pero perdió la mayor parte del crecido numerario que tenia su marido.

(2) Algunos de los empedradores ocupados en el terreno de la salida de la calle de Alcalá por la parte del Prado, retirandose á sus casas fueron registrados, y por hallarles los instrumentos indicados, quedan condenados á muerte del mismo modo que lo quedaron muchos mancebos de barbería, peluquería y otros semejantes ministerios; pero

Por fin se acerca el momento de la tranquilidad: el cruento Murat que vacila entre sus poderosas fuerzas y el denudado valor del pueblo, se cree precisado á acceder á las repetidas instancias de nuestros consternados Magistrados (1). ¡Hora feliz y deseada aquella en que el Consejo de Castilla abatido por el dolor de tanto desastre irremediable, se presenta animado de un profundo zelo en medio del riesgo á disolver el tumulto. Admírese la generosa conducta de un pueblo, que hallandose en todo el acceso de su fogosidad reconoce la trémula y angustiada voz de sus legítimas Autoridades, y deponiendo las armas con el mismo heroismo que las ha manejado, se retira sin resistencia alguna á sus casas, ufano por haber llenado todos sus deberes (2)

¿que mas podrá decirse que equivalga á lo siguiente? En la calle del Arenal junto á la plazuela de Celenque, hallandose un farolero sobre la escalera de mano limpiando un firol, los franceses le derribaron de un balazo. ¿Qué sospecha podria ofrecerles este hombre en semejante estado?

(1) El Consejo se presentó cerca de las dos de la tarde auxiliado de tropa francesa y alguna española, sin cuyo requisito temia con gran fundamento esta respetable Autoridad ser atropellada por la canalla francesa.

Qualquiera que suponga otra posibilidad á tan digno Magistrado, ignora positivamente la situacion politica en que se hallaba Madrid.

(2) Según el artículo del Monitor que hablaba de la ruidosa accion del dos de Mayo, perecieron en ella doce mil Madrileños, y escasamente veinte franceses. — Según las anotaciones exáctas de los Alcaldes de barrio no pasan de trescientos los primeros, advirtiendo que en este número entran los doscientos que fueron fusilados, y que los franceses perdieron en esta accion un número incalculable por razon de que al momento que veían un cadáver de los suyos lo apartaban prontamente; y ni en los siguientes dias pudo arrancarseles el secreto de la pérdida. — Tambien decia la Gazeta de Bayona que los franceses de la Casa de Campo pasaron á nado el rio de Manzanares: que entre otros fuertes se apoderaron del de la Casa de Correos, y por este órden

Disipada la densa niebla de la turbulencia, se perciben á las claras los tristes efectos de la reciente tempestad: infinitas casas y balcones acribillados á balazos, cadáveres esparcidos por diversas calles, numerosos esquadrones apoderados de las principales, la artillería: ¡¡ ¡ qué perspectiva tan melancólica! ¡qué quadro tan horroroso estaba hecho Madrid! Pero continuémos la espantosa relacion de los estragos que restan, si el animo no desfallece al proponerselos la memoria.

Quando los paisanos se creen en la ocasion de dar descanso á sus fatigados miembros en el seno de sus afligidas familias, se hallan sorprendidos por la mas exécrable conducta de los franceses, que burlando de un golpe nuestras respetables Autoridades, y la sencilla credulidad del pueblo, se entregan sin riesgo á todos los excesos de la mas pérfida y nueva de las crueldades. En tanto que unos se dedican á marcar las casas de las que habian visto salir una piedra, ó disparar alguna pistola, con el fin de incendiarlas despues; otros se encargan de conducir al Retiro á los que han hallado qualquiera clase de armas sin exclusion de un cortaplumas, ó una navaja de partir tabaco, ó á los que por su traje y forma exterior prometen en sus despojos motivos de saciar su indigna inclinacion al robo (1). Asi se veían entre las manadas de inocentes al respetable anciano y

otras mentiras que solo pueden tener lugar en su ridículo y descarado sistema. ¿Y qué nos queda que inferir de sus decantadas victorias, si las desnudamos del oropel de tan apócrifo lenguaje? Suponiendo que todo está dicho si no perdemos de vista la serenidad con que Bonaparte despues de haber perdido una batalla, mandaba iluminar las calles de París, ó preparaba un banquete para exaltar los espíritus de los fascinados crédulos.

(1) Los Mamelucos que estaban apostados en la inmediacion del Buen Suceso, quando acabada ya la fermentacion veían pasar á alguna persona de traje decente, la insultaban y acosaban para matarle y robarle á su arbitrio dentro del patio en que habia exercido los horrores que dexamos indicados.

al Ministro del Altar. Conducidos vilipendiosamente á las estancias que servian de depósitos, ansiaban con el mayor anhelo la próxima muerte que se les ha anunciado, deseosos de que el golpe de una bala fuese el término de los crueles martirios que les hacen sufrir al invocar los auxilios de nuestra sagrada religion (1). Entre tanto la sensible madre, la tierna esposa, el con-dolido amigo dirigen eficazmente sus lágrimas traspasantes al inexorable Grouchi (2); pero todos sus pases y humillaciones son infructuosas, y las reclamaciones del Gobierno no excitan sino desprecio y el insulto del monstruoso Murat, para quien la fé de los pactos es una fantasma quimérica: nada puede en fin evitar los dolorosos ayes de los que dexan su sangre estampada en los sitios que hasta aquí estaban destinados á recreaciones honestas (3). Asi terminó este aciago dia, en que la tierra se unió con el cielo por medio de la columna que formaban los lamentos de las inocentes victimas de la religion, del honor y del patriotismo.

No fué menos escandalosa la noche en que las tropas francesas sin abandonar los puntos que habian ocupado desde un principio, procuraron afianzar el terrorismo con un

(1) Persuadidos estos infelices de que iban á morir, se agitaban en invocar los auxilios de la sagrada religion: no fue menester mas para excitar el enojo de los verdugos que les custodiaban, y desde este momento á uno cortaban las orejas, á otro las narices: ¡qué escandalo! Suspendamos tan horrorosa narración.

(2) General francés, Gobernador político y militar de Madrid, y gefe de la comision militar que se formó este dia.

(3) Los sitios en que se consumaron las victimas fueron varios: pues en todos los campamentos se representò la misma tragedia; aunque el preferido por las circunstancias que se inferen fué el del Prado de San Gerónimo. Las ropas esparcidas por varios puntos y la sangre bullente de los infelices, borraron la hermosura de este delicioso paseo, y le convirtieron en un teatro pavoroso de lugubrez.

continuado *qui vive* (1)? cuya desconocida práctica en una población de suyo pacífica, ocasionó funestos efectos en algunos de sus sencillos é ignorantes vecinos, á quienes arrancaron la vida por falta de contestacion.

El día tres se repitieron las mismas escenas por el ejército de estos canibales; solo variaron en el modo de presentarlas mas horrorosas y punzantes, pues habiendo diezmaado á sesenta y seis paisanos que tubieron presos en el cuartel de *Gilitos*, los once resultantes fueron despojados de sus ropas y metidos en una hoya donde dos Mamelucos acabaron con sus vidas á repetidos golpes de sus infames puñales.

Quando Murat estaba seguro de haber hecho apurar la copa de ponzoña y veneno congelado en su pecho por la admirable y generosa opíocion de los Madrileños (2), determinó profanar los esquinzos de la Corte con la fixation del mas insultante y descarado papel, que aunque muy notorio, parece no obstante oportuno ingerirle en éste con la misma pureza que salió de las manos de su loable autor. — Orden del día. — Soldados: el populacho de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillage. Pero la sangre francesa ha sido derramada: clama por la venganza; en su consecuencia mando lo siguiente. — ARTICULO Primero. El General Grouchi

(1) Esta inoportuna y detestable práctica duró muchos dias ó muchas noches, y ocasionó algunas desgracias. Entre otras podemos citar evidentemente la de una sorda en la calle de Santa Isabél, la de otro tal en la de San Vicente (este recobró la vida), y la de un beodo en las inmediaciones de la habitacion de Murat.

(2) Lo que mas irritó á Murat y á sus indignos secuaces fue los vergonzosos resultados de una lucha sostenida entre un ejército armado y un pueblo desprevenido, cuyos triunfos fueron tantos quantos fueron los campeones Madrileños. Qué ignominia tan irreparable en los orgullosos vencedores de Austerlitz y Jena!

convocará esta noche la comision militar. — Segundo. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados. — Tercero. La Junta de Estado vá á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes despues de la execucion de esta orden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permission especial, serán arcabuceados. — Quarto. Toda reunion de mas de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusileria. — Quinto. Todo Lugar (pueblo) en donde seá asesinado un francés, será quemado. — Sexto. Los amos quedarán responsables de sus criados, los jefes de talleres, obradores y demas, de sus oficiales, de sus padres, de sus hijos, y los Ministros de los Conventos, de sus Religiosos. — Séptimo. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados. — Siguen las firmas. — Como los vecinos de Madrid no ofrecian sospecha en su conducta ni motivos sobre que pudiese recaer en lo sucesivo (1) el espíritu amenazante del bando, pues se presentaban sin armas, sin capas y sin monteras; para no dexar vacía tan ridícula como irritante providencia, recurrieron á los inocentes trágineros que conducian víveres á Madrid: á estos les registraban, y hallandoles, como era fácil, navajas y agujas de ensalmar, los fusilaban y robaban segun les parecía. Qualquiera que no siendo francés se hubiese dedicado de intento á hacer horrorosas y criminales todas las circunstancias, se hubiera quedado en la mitad del camino que han andado los agentes de Napoleon. No admite duda el que la constante práctica de la sedicion, del robo y del asesinato

(1) Pocos exemplares habrá visto el mundo parecidos á este: aplicar y executar el castigo antes de que conste al ciudadano la promulgacion de la ley, es cosa que no le habrá ocurrido á otro que Murat. ¡Pena felicidad nos habiamos echado á la cara con la proteccion de su cuñado, de quien era digno representante!

to, les hace manejar estos tratados con un acierto asombroso, pero sujeto á cálculo por lo visto en Murat.

Ya está el pueblo desarmado: el infante Don Antonio en camino para Bayona, y Murat dictando leyes con la boca del cañon: ya no se habla sino de *felicidad y regeneracion* para la nacion española, y para hacérselo entender completamente, nada mejor que un papel público, nada mejor que un diario, que debiendo servir de modelo al descaro, á la insolencia y á la iniquidad misma, nos manifestase sin delicadeza moral las debilidades humanas de nuestros Soberanos, hollase los augustos respetos, degradase nuestras costumbres, atropellase nuestros sagrados derechos, indignase nuestros ánimos, y que abrazando en fin un cúmulo extraordinario de mentiras (1) y contradicciones, pudiese formar la brillante portada del edificio de nuestra opresion.

Entre tanto el Lugar Teniente del reyno que acaba de apropiarse y sustraer las inmensas riquezas que adornaban la casa de Godoy (2), se apresura á tomar posesion del Palacio, de este respetable edificio que las sociedades de los hombres han dedicado al reglador de sus destinos, al vigilador de sus necesidades, al conservador de sus derechos, á su acordado xefe y señor, y por decirlo todo, á su Soberano. Sí, el atrevido Murat se halla ya colocado en el regio edificio, y despues de haber tendido sus rapaces ojos sobre todas las preciosidades que justamente decoran á la Magestad, despues de haber formado una lisonjera idea de todo lo que podia contribuir á su irresistible latrocinio, se resuelve á la mas escan-

(1) Entre otros es muy notable el oficio inserto en dicho Diario para hacernos creer la supuesta muerte del Rey de Inglaterra; ni es menos notable que ridículo el pretendido empeño que se formaba en el Diario en desconectar á la nacion Británica con la Española. Causa lastima por cierto el que no cogiesen el fruto de tan sanas intenciones.

(2) Los lectores no podrán menos de admirar la suerte que destinó esta casa para abrigo de dos Príncipes tan análogos en una porcion de circunstancias, que dexamos la libertad de combinarlas y compararlas.

dalosa transformacion. ¿Quién pudiera imaginarse que la cátedra del respeto, de la moderacion y de la circunspeccion habia de convertirse tan rápidamente en estancia del desenfreno, de la licencia y de la ebriedad por un otro Nabuco! Pero todo es disimulable á vista de la eficacia que le asiste en promover los medios de nuestra *felicidad y regeneracion*, cuyo infalible plan le sugiere la importancia en saquear los fondos públicos y piadosos, y la necesidad de imponer una contribucion de doce millones al Comercio: del mismo modo le dicta que encargado de nuestra seguridad debe emplear diariamente un gran número de sus tropas en construir fortificaciones en el Retiro y casa de la China para ponernos á cubierto de una probable invasion intentada por *sedicion, faccionarios, revoltosos é insurgentes* de las Provincias, que indebidamente se niegan á la generosa felicidad que les propone Napoleon; y por último le dicta su plan que en obsequio de la tranquilidad pública y á efecto de evitar disensiones se desentienda de las reclamaciones que le hacen los dueños de las baxillas y otras alhajas que se llevan al Retiro los oficiales franceses de las casas en que han estado alojados. ¿Y es posible que la suerte nos arrebatte tan súbitamente á este genio inmortal? ¿y lo será el rigor con que nos abisina en el mas profundo abatimiento, negándonos el consuelo de verle partir? Pero, españoles, enjugad vuestras lágrimas, debido tributo á tan irreparable pérdida. Consolaos que ya viene otro el mismo por esencia y gracia Napoleónica. Ese estrépito de cañones y repique de campanas que acabais de oír, acredita que nuestro territorio acaba de tener el honor de sustentar las regias plantas de Josef Napoleon (1). La urgente necesidad de presentarse al

(1) Así nos lo hizo saber el Señor Lugar Teniente por medio de los carteles en que nos prevenia que para que no nos asustáramos, luego que Josef Napoleon entrase en el territorio de España, se celebraría tan interesante nueva por medio de salvas de cañon y de repique de campanas. Los vecinos de Madrid se burlaron á taeo tendido de la pre-

pueblo de Madrid, que lo ama ansiosamente, según lo dice la Gazeta de Bayona, que lo sabrá mejor que nosotros; y la noble resistencia de S. M. en admitir los espléndidos obsequios que le predican los pueblos de su tránsito, según lo afirma nuestro Diario, que no contiene mas mentiras que palabras, ni mas heregias que períodos, harán que S. M. echando de intento por camino que no se le espera, apresure sus jornadas para completar nuestros imponderables deseos (1)

Con efecto el veinte de Julio entró Josef Napoleon en Madrid. Para decidir de su inalterable desvergüenza, no se necesita mas que saber el modo con que le recibió su vecindario. Madrid parecia un yermo; pero principalmente las calles del tránsito en donde ademas de hallarse cerradas todas las puertas y balcones, no se veían sino las tropas francesas que cubrían la carrera, ni se oyeron otros vivas que los que compró Grouchi (2). Durante el tiempo que esta

véncion, y llegado el caso una gran parte de los campaneros en vez del toque de regocijo usaron del que acostumbra en los entierros, cuya ocurrencia advertida por los franceses, les montó terriblemente en cólera.

(1) Noticioso Josef de que nuestro General el Sr. Cuesta podría salirle al encuentro con las tropas de su mando, precipitaba el orden de sus marchas, y elegia el camino que, aunque extraviado, le ponía á salvo de los temores, que le ocasionaban los informes de Bessieres.

(2) Para que no se note vacío en la intriga de estos perturbadores, acordaron en la ocasion repartir unos quantos reales entre sus mismos paisanos, tales como tahoneros, amoladores y otros de igual clase, con el fin de que aclamasen y victoreasen al nuevo Rey en su entrada de la Corte: desempeñaron tan perfectamente el encargo, que desde mucho antes de arribar el coche á las puertas de Madrid se abalanzaron á el, como una gabilla de perros de presa en seguimiento de la res, y no le abandonaron hasta su entrada de Palacio, dexando el tránsito completamente aturdido con los desentonados y esforzados gritos que salian de sus venales gañotes.

estrafalaria magestad permaneció en la Capital, y en los varios dias que se presentó al público no hubo un Madrileño que se le quitara el sombrero, cuya circunstancia si se tiene presente la existencia del ejército francés, deberá graduarse de heroica; mas no es esta sola la que al mismo tiempo que manifestaba el desagrado público á la intrusa dinastía decide del caracter y teson de los nobles Madrileños: la conducta que observaron en la violenta proclamacion, nos ratificará la verdad que acabo de referir. Llegado que fue el dia en que esta debia celebrarse, se previno á los vecinos de la carrera que, según costumbre en acto tan solemne (1), colgasen sus respectivos balcones y huecos; pero no obstante hubo muchos que no lo hicieron á pesar de estar amenazados de una multa: la misma falta de observancia se notó en el tratado de iluminacion, y estoy seguro de que los sacristanes hubieran tambien tocado á muerto en esta ocasion si los franceses, teniendo presente la mala burla pasada, no se hubieran valido del ascendiente de sus armas sobre la pena de cincuenta ducados, impuesta al que no executara lo prevenido.

Para excitar el regocijo público que debia seguirse á tan plausible motivo, mandó el soñado Rey de España se franquease por dos dias la entrada de los tres Coliséos: no bien estuvo habilitado el despacho de villetes, se abocó una concurrencia numerosa á alcanzarlos; pero con un objeto bien ageno del agradecimiento con que debia contestarse á la generosa espléndidez del nuevo proclamado. ¡Ah quién lo creyera! los teatros estuvieron vacios totalmente en la primera noche, por que los desagradedidos Madrileños en vez de suscribirse á tan bellas diversiones rompieron inmediatamente los villetes para inutilizar la entrada, cuyo chasco no tubo lugar en la segunda noche en que la vigilancia y prevencion francesas condujeron á los teatros mas de ochenta personas. Ni se queda en esto solo el empeñado

(1) Nada tubo de solemne la proclamacion de Josef, antes sí mucho de ridiculo y forzado, y en medio de su celebracion se oyeron voces del pueblo que llevaban en sí todos los síntomas de la reprobacion.

agasajo dirigido al pueblo de Madrid por la magnánima Magestad del Sr. Josef, que sabiendo la adhesion que aquel tiene à las funciones de toros, con mano liberal y franca dispone dos corridas à mitad de precios, de las que solo pudo celebrarse la primera por que S. M. antes del tiempo fixado para la segunda, se marcha à ensuciar otro reyno, en que sus felices vasallos le tributen el acatamiento que por sus relevantes prendas se merece, y si él quisiera volverse à Nápoles se chuparían los dedos los italianos; pero à fé no se verán en ese espejo.

Concluámos esta odiosa narracion con la de la salida de los franceses. Yo no me decidiré à fixar la verdadera causa de su repentina marcha; pero el orden de los sucesos me induce à creer que no hay otra que el cuidado ò sobresalto en que les puso el terrible incremento que tomaban las cuadrillas de *insurgentes* de la Andalucía y otras provincias de España, y que poco satisfechos del mal recibimiento de Moncey en Valencia, y de la triste rendicion del invencible Dupont en la primera, no se contemplaban muy seguros en las fortificaciones del Retiro. Su cólera se desahogó inutilizando en parte dichas fortificaciones, incendiando las empalizadas y cureñas, clavando los cañones que no pudieron llevarse por su repentina resolucion, arrojando gran cantidad de barriles de pólvora al estanque del Retiro, saqueando la Caja de Descuentos y las Caballerizas Reales de un modo que no desdixo nada de su ratero caracter. Escandalizará acaso oír que estos salteadores vendieron los caballos à un precio increíblemente baxo, tal como el de cien reales, sesenta y aun menos; pero el fin era robar y fuese como fuese, con cuya operacion sellaban como debian la serie de sucesos que forman su loable conducta en la Capital de España.

Madriileños: seis meses han durado las cadenas de vuestra opresion, en los quales habeis ofrecido al mundo un exemplo de virtud y nobleza que os cubre de honor, así como la vergüenza y el ignominioso oprobrio corre en pos del que intentaba ser el autor de vuestra eterna infelicidad. El generoso movimiento de vuestra lealtad y patriotismo ha mancillado los triunfos decantados del enemigo del mun-

LA IMPIEDAD

CONTRA EL SANTUARIO.

EXHORTACION A LOS ESPAÑOLES,

*paralelada con la conducta de san Lorenzo
en su martirio.*

SONETO

que manifiesta el feliz estado de nuestras armas.

OTRO.

*Despedida del ejército de Andalucía à sus
camaradas muertos en los combates.*

Impresa en Cádiz; y por su original en México
en la oficina de Doña Maria Fernandez de Jauregui,
calle de Santo Domingo. Año de 1809.